

Mensaje del Versículo Clave de Año Nuevo 2025 de UBF por el Pastor Ron Ward  
(Director General de UBF)

## UNA ESPERANZA VIVA

1 Pedro 1:1-9

Versículo Clave: 1:3

“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos,”

¡Un muy feliz y bendecido Año Nuevo 2025! He escogido 1 Pedro 1:3 como nuestro versículo clave de UBF, con el tema: “Una esperanza viva.” La esperanza es esencial en nuestras vidas como cristianos. Cuando tenemos esperanza, estamos llenos de fuerza y gozo y podemos vivir vidas dinámicas. Pero si perdemos la esperanza, caemos en la desesperación. Entonces, aunque podamos mostrar una gran sonrisa, los pensamientos oscuros llenan nuestro corazón y somos vulnerables a los juegos malignos del diablo. Necesitamos esperanza. Necesitamos esperanza más que el oxígeno. Los jóvenes de nuestro tiempo necesitan esperanza. Muchos sufren de ansiedad, depresión e incluso ideas suicidas. Están indefensos. Necesitan pastores que pueden sembrar esperanza en sus corazones. ¿Qué esperanza nos ha dado el Señor? El apóstol Pedro nos dice que es una esperanza viva. Al adoptar esta esperanza viva, podemos ser victoriosos en este nuevo año y podemos sembrar esperanza en otros.

El apóstol Pedro escribió esta carta alrededor del año 63 d.C. durante el reinado del malvado emperador romano Nerón. Los cristianos dispersos en la región que ahora conocemos como Turquía, estaban pasando por una feroz persecución. Pedro los anima a superar sus pruebas, a influir en sus sociedades y a avanzar en el reinado de Cristo. En estos primeros versículos, les recordó que eran el pueblo elegido de Dios y que tenían una esperanza viva. Luego les enseñó cómo debían vivir. Vamos a escuchar sus palabras.

Primero, somos el pueblo elegido de Dios (1:1-2; 2:9,11). Pedro se presenta como un apóstol de Jesucristo. Esto significa que su mensaje no era su propia idea humana sino que provenía de Jesucristo. Se dirige a los creyentes como “los elegidos de Dios expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia” (1). Las palabras de Pedro parecen ser paradójicas. Su audiencia es tanto “los elegidos de Dios” como “los expatriados.” Ellos fueron elegidos por Dios, pero marginados en el mundo. Vivían en tensión. Algunos habían dejado su nación, Israel, cuando la persecución dispersó a la iglesia primitiva. Muchos habían perdido sus trabajos y habían dejado sus hogares. Se habían convertido en peregrinos en tierras extranjeras (1:17; 2:11). Podemos imaginar lo difícil que eran sus vidas: extrañando a sus familiares, trabajando en empleos humildes para sobrevivir, enfrentando barreras lingüísticas y culturales.

Además, fueron discriminados y aislados. El apóstol Pedro entendió bien su situación, pero no los compadeció. Más bien, les recordó que eran “los elegidos de Dios.” “Elegidos” significa que Dios los había escogido. El versículo 2 inicia diciendo: “elegidos según la presciencia de Dios el Padre.” Dios los escogió antes de que ellos decidieran creer en Él. Dios los escogió en su inescrutable sabiduría. Fue la elección eterna de Dios hecha con un propósito claro. No fue algo que ellos se ganaran o merecieran, sino un regalo de gracia proveniente del amor de Dios. Dios los había escogido. La noche antes de su crucifixión, Jesús les dijo a sus discípulos: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros...” (Jn 15:16). Los discípulos pudieron superar pruebas feroces al aferrarse al llamado de Jesús; se convirtieron en hacedores de una nueva historia. Esta gracia de ser escogidos se da a todos los que confían en Jesús. Saber que Dios nos escogió nos hace tener confianza en Dios y en su gracia en vez de confiarnos en nosotros mismos y en nuestros méritos.

¿Cómo es expresada la elección de Dios? El versículo 2 dice: “en santificación del Espíritu...” Dios envía al Espíritu Santo a su pueblo escogido. El Espíritu Santo nos aparta de la corrupción del mundo; el Espíritu Santo nos acerca a Cristo; el Espíritu Santo nos equipa para llevar a cabo su misión santa. A medida que el Espíritu Santo obra en nosotros, tenemos la certeza de que somos escogidos por Dios.

¿Por qué Dios escoge a las personas? Naturalmente, pensamos que es para que "hagamos" algo. Pero aquí Pedro dice que es para que "seamos" algo. El versículo 2 dice: “...para obedecer y ser rociados con sangre de Jesucristo...” Aquí, la palabra: “obedecer”, significa: escucharlo atentamente y seguirlo. Al escuchar las palabras de Jesús y seguirlo, nuestras vidas cambian. Nuestros deseos pecaminosos disminuyen, y crecen en nosotros deseos santos.

Las personas egoístas se vuelven sacrificiales. Las personas tristes se vuelven gozosas. Las personas temerosas se vuelven valientes. Las personas enojonas se vuelven apacibles. Crecemos en amor, gozo y paz. En una palabra, nos volvemos más como Jesús. Este es el deseo de Dios para nosotros. Esto no sucede por nuestro propio esfuerzo. Somos pecadores. Pero a medida que nos arrepentimos y confesamos nuestros pecados cada día, el Espíritu Santo deposita la sangre de Jesús sobre nosotros. Él perdona nuestros pecados y nos limpia. Nuestras vidas transformadas revelan la bondad, el poder y el amor de Dios y le dan gloria.

Después de identificarse a sí mismo y al pueblo elegido de Dios, Pedro comienza su mensaje para ellos: “Gracia y paz os sean multiplicadas.” Aunque enfrentaron muchas dificultades y problemas, ellos pudieron experimentar abundante gracia y paz en sus vidas cotidianas; no solo gotitas, sino gracia y paz rebosantes y abundantes. Proveniente de Dios y otorgada gratuitamente por su amor. En los dos primeros versículos, Pedro ha mencionado a Dios Padre, al Espíritu Santo y a Jesús: la Santísima Trinidad. La gracia soberana de Dios, la presencia activa del Espíritu Santo y la sangre purificadora de Jesús están obrando en nosotros. El poder y el amor de Dios Trino son irresistibles; Dios siempre termina lo que comienza. Al confiar en Él, tenemos la certeza de nuestra salvación.

Sin embargo, el mundo no nos honra como el pueblo elegido de Dios. Más bien, el mundo nos considera extraños y raros. Esto se debe a que nuestro estilo de vida y sistema de valores revelan la santa presencia de Dios, expone la incredulidad de la gente y les advierte sobre el juicio venidero. La gente debería arrepentirse. Pero en cambio, nos tratan con desprecio, suprimiendo la verdad de Dios. Pueden difamarnos a través de las redes sociales. Además, a veces nuestros queridos colaboradores pueden decir palabras imprudentes o críticas que se quedan en nuestras mentes. Además, podemos sentirnos abrumados por nuestros propios pecados, faltas y debilidades. Entonces podemos dudar de que realmente somos hijos de Dios. Desarrollamos una especie de amnesia espiritual y olvidamos toda la gracia y obra de Dios en nuestras vidas. Nos convertimos en víctimas del robo de identidad espiritual. En tales momentos, debemos escuchar las palabras de Dios: “Mas vosotros sois linaje escogido” (1Pe 2:9). El Dios viviente nos ha escogido para ser sus hijos. El Dios viviente, el Creador del cielo y la tierra, es nuestro Padre. Su amor por nosotros nunca falla; Él escucha nuestras oraciones; nos protege y provee para nosotros; Él nos guía en el mejor camino. Él nos dio una gran misión de compartir el evangelio con los que están perdidos. Podemos ofrecer esperanza a las naciones. Somos muy preciosos a los ojos de Dios. Aceptemos profundamente que somos el pueblo escogido de Dios.

Segundo, nuestra esperanza viva: una herencia eterna (1:3-5). Después de recordarle a los creyentes que son el pueblo elegido de Dios, Pedro proclamó cuál es nuestra esperanza. La esperanza es vital. Sin esperanza, caemos en la desesperación. La desesperación envenena nuestras mentes y corazones, tan ciertamente como el veneno de una serpiente envenena nuestra sangre. Es la enfermedad que conduce a la muerte. Lo que es peor, el diablo atormenta a las personas en desesperación, acusándolas y condenándolas. Esto es lo que lleva a tantos jóvenes a sentirse sin valor. Por eso desperdician su tiempo en cosas triviales y no valoran sus propias vidas. La gente necesita desesperadamente algún tipo de esperanza. La esperanza nos hace sentir vivos y nos da poder para hacer grandes cosas. El ahora retirado boxeador George Foreman una vez enfrentó una noche oscura del alma. Después de perder una pelea y pasar por pruebas dolorosas, estaba en “un aterrador lugar infernal de vacío y desesperación.” Pidió ayuda a Dios y sintió el llamado al arrepentimiento. Clamó: “Todavía creo en Dios.” La esperanza surgió en su corazón. Comenzó una nueva vida como predicador cristiano. Más tarde regresó al boxeo y recuperó el campeonato de peso pesado a la edad de 45 años. La esperanza hizo su vida totalmente diferente. Debemos tener esperanza. Sin embargo, nuestra verdadera esperanza no está en este mundo. Las cosas de este mundo perecen, se corrompen y se desvanecen. Cuando eso sucede, nuestra esperanza puesta ahí se convierte en decepción. Nuestra esperanza definitiva debe ser eterna. Mientras somos jóvenes, podemos sentir que viviremos para siempre. Pero a medida que envejecemos, somos más conscientes de nuestros límites. La verdad es que, inevitablemente, todos morimos. Después de la muerte viene el juicio de Dios (Heb 9:27). Todo quedará atrás: nuestros logros, posesiones, incluso nuestras familias. ¿Cuál puede ser nuestra esperanza?

Leamos el versículo 3: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de entre

los muertos...” Dios es tan misericordioso con nosotros. Nos ha dado una esperanza viva. Estábamos indefensos bajo el poder del pecado y la muerte. No podíamos hacer nada para salvarnos a nosotros mismos. El dinero, la educación, la ciencia, la tecnología, las buenas obras, nada de esto pudo salvarnos. Pero en su gran misericordia, Dios envió a Jesús al mundo para morir por nuestros pecados. Luego Dios lo resucitó de entre los muertos. El Cristo resucitado ascendió al cielo y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso. Él da vida eterna a todo el que en Él cree. Esta vida eterna comienza en el momento en que confiamos en Jesús. Aunque nuestros cuerpos morirán, nuestras almas vivirán para siempre. Para nosotros, la muerte es ahora la entrada a una nueva vida gloriosa en la presencia de Cristo. San Pablo dice que esto es “muchísimo mejor” que nuestra vida presente (Fil 1:23).

Al morir, “Las almas de los justos son perfeccionadas en santidad y van a estar con el Señor en los cielos más altos. Son conscientes, activas y felices, y contemplan el rostro de Dios” (Catecismo de Westminster). Las últimas palabras de D.L. Moody fueron: “Veo la tierra alejándose; el cielo se está abriendo; Dios me está llamando.” Él pasó a la gloria eterna. Esto es lo que sucede al morir a todos los que creen en Jesús. Entramos en la gloria eterna en la presencia de nuestro Padre Celestial que nos ama.

Estar con el Señor en la eternidad parece ser suficiente recompensa. Pero las bendiciones que Dios ha prometido a sus hijos son aún mayores. Miremos el versículo 4: “...para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros...” Los hijos de Dios reciben una herencia. Esta es: su reino eterno (Ro 8:17). Pedro contrasta esta herencia con las herencias terrenales. Los padres a menudo dejan una herencia para sus hijos. Pero estas herencias no duran para siempre. Cornelius Vanderbilt (1794-1877) acumuló una fortuna de 100 millones de dólares a través del negocio ferroviario. El equivalente actual de esto serían 2.4 mil millones de dólares. Solo seis generaciones después, su descendiente Anderson Cooper dijo: “Toda la fortuna se ha reducido a casi nada.” En contraste, la herencia que Dios da a sus hijos nunca puede corromperse, contaminarse ni marchitarse. No puede perderse, ni ser robada o arruinada.

¿Qué es esta herencia? Jesús les dijo a sus discípulos: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay... Voy, pues, a preparar lugar para vosotros... Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Jn 14:2-3). Jesús está preparando un lugar para su pueblo en la casa de su Padre. Está reservado en el cielo para nosotros hasta que Jesús regrese. Apocalipsis 21:1-4 dice: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.”

Heredaremos la Nueva Jerusalén, la ciudad más gloriosa y eterna de Dios. Es una ciudad grande y santa construida con los materiales más deslumbrantes. Será la ciudad central de la nueva tierra, que está libre del poder del pecado y la muerte. No hay cosas malas allí. Es totalmente segura y protegida. Será un lugar de belleza espectacular. Para habitar en este hogar eterno, Jesús nos dará cuerpos de resurrección. Estos cuerpos son incorruptibles, gloriosos, poderosos y espirituales (1Co 15:42-44). Tenemos una herencia tan rica de nuestro Padre Dios.

Mientras esperamos esta herencia, Dios protege nuestras vidas con su poder cuando confiamos en Él. El poder y la promesa de Dios garantizan nuestra herencia. Seguramente la recibiremos cuando Jesús regrese (5).

Esta esperanza viva y herencia eterna es como un ancla para nuestras almas (Heb 6:19). Somos vulnerables a las tentaciones del diablo, problemas de salud, problemas financieros, pruebas con nuestros hijos o tragedias, como la muerte repentina de un ser querido. Pero con la esperanza viva como nuestro ancla, podemos atravesar los vientos tormentosos; en lugar de debilitarnos, nos hacemos más y más fuertes. Esta esperanza viva crece hasta que se realiza plenamente en el cielo. Nos hace cada vez más esperanzados a medida que pasa el tiempo, sin importar lo que suceda a nuestro alrededor. El apóstol Pablo dijo: “Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día” (2 Cor 4:16).

Conozco a una persona en Asia llamada Ángela. Ella tuvo una infancia dolorosa en una familia disfuncional. Se sentía inferior e inútil. Durante sus días de universidad, quería conocer el significado de su vida. Asistió a un estudio bíblico. Las palabras de Génesis 12:2 le hablaron: “Te bendeciré... y serás bendición.” Descubrió el amor de Dios y su gran misión. Esto le dio un sentido de dignidad como hija de Dios. Tuvo confianza en Dios para ir a otro país como misionera. Mientras compartía el evangelio, los estudiantes comenzaron a responder. Así que se dedicó a formar discípulos de Jesús. De repente, desarrolló una enfermedad cerebral. Necesitó múltiples cirugías cerebrales. La tercera vez, sintió que estaba muriendo. Parecía no haber esperanza. Pero ella vino a Jesús y encontró una esperanza viva. Se recuperó de la enfermedad cerebral y reanudó su ministerio estudiantil. Entonces Dios derramó su bendición sobre ella abundantemente. Dios levantó a través de ella a pastores profesores, iglesias hogar y misioneros que se han extendido por toda Asia y el mundo. Cuando tenemos una esperanza viva en Cristo, nuestras vidas se vuelven dinámicas y podemos ser una bendición para el mundo. ¡Dios nos ha dado una esperanza viva! ¡Alabado sea Dios!

Al comenzar este nuevo año, quiero mantener esta esperanza viva en mi corazón. Recientemente, mis padres ancianos me informaron que confiarían su cuidado al final de la vida a mi hermana menor, no a mí. Dijeron: “Porque tú no estás aquí.” He vivido separado de ellos durante más de cuatro décadas, aunque soy su único hijo varón. Honestamente, tuve una sensación de pérdida. Pero mientras oraba, recordé que ellos aceptaron el evangelio que prediqué. El Señor me dio la seguridad de que estarían en su reino para siempre. Esta esperanza viva iluminó mi alma y me dio

nueva fuerza y poder. Creo que cada problema en mi corazón puede resolverse teniendo una esperanza viva.

Oro para mantener esta esperanza viva en mi corazón en 2025 y plantar esperanza en los corazones del pueblo de Dios.

Tercero, nuestro estilo de vida: cómo debemos vivir (1:5-9; 13-16; 22-2:3; 2:11-17; 3:15-17; 4:7-13; 5:1-4). Hasta ahora, Pedro ha compartido una perspectiva celestial de nuestras vidas como cristianos. ¡Somos los elegidos de Dios! ¡Tenemos una esperanza viva en Jesús! Esto nos da poder para vivir una vida cristiana gozosa. En el resto de su carta, Pedro exhorta a los creyentes sobre cómo debemos vivir. Consideremos algunas enseñanzas clave.

I) Regocijémonos en nuestros sufrimientos (1:6-9). En el pasado, tratábamos de evitar el sufrimiento, considerándolo dañino y miserable. Pero con la esperanza viva en Jesús, vemos que Dios usa el sufrimiento para nuestro bien. A través del sufrimiento, nuestras falsas esperanzas son eliminadas y nuestra fe es purificada. A través del sufrimiento, crecemos en perseverancia y carácter (Ro 5:3-4). A través de los padecimientos, la gloria de Cristo es revelada en nosotros (4:13). En Cristo, el sufrimiento es para nuestro bien. Armémonos con la actitud correcta hacia el sufrimiento en el nuevo año.

II) Seamos santos (1:15-16). 1:15-16 dice: “sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.” El Señor quiere que seamos santos desde el interior hacia el exterior, con una calidad de vida genuina que refleje su propia santidad. Esto es lo que más deseamos. Sin embargo, al escuchar las palabras “sed santos” podemos hacernos pequeños, sabiendo que somos pecadores. Pero podemos ser verdaderamente santos por la sangre derramada de Jesús y el poder del Espíritu Santo. Aceptemos el llamado de Dios a la santidad y comprometámonos a crecer en santidad.

III) Amaos unos a otros entrañablemente (1:22). Pedro nos dice: “amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro.” A medida que crecemos en santidad, podemos amarnos unos a otros con corazones puros. Podemos construir una comunidad de amor, respeto y confianza. En una comunidad así, podemos crecer espiritualmente. El mundo ve que somos discípulos de Jesús. Amémonos entrañablemente, de corazón puro.

IV) Anhelan la leche espiritual pura (1:23-2:3). Para practicar el amor santo, necesitamos crecer espiritualmente. ¿Cómo? Pedro nos anima: “...desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor.” Los bebés recién nacidos anhelan desesperadamente la leche. De la misma manera, anhelemos la palabra de Dios para que podamos crecer espiritualmente.

V) Compartir la razón de nuestra esperanza (3:15). 3:15 dice: “sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros;” Cuando vivimos con esperanza, las personas que están desesperadas se sorprenden. ¿Cómo puedes tener esperanza? Esta es una oportunidad de oro para compartir a Cristo. Debemos darles una buena respuesta que los ayude a acercarse a Cristo. Para hacerlo, necesitamos preparar mensajes del evangelio que sean relevantes y significativos para las personas a nuestro alrededor. ¡Estemos siempre listos para compartir a Cristo!

Finalmente, apacentar la grey de Dios (5:1-4). El apóstol Pedro exhortó a los líderes: “apacentad la grey de Dios.” Es un llamado a vivir sacrificialmente para cuidar de las ovejas de Dios. Muchos jóvenes en los Estados Unidos y en todo el mundo están desesperados. Necesitan esperanza. Cuando tenemos la esperanza viva en nuestros corazones, podemos plantar esperanza en ellos, sin importar sus circunstancias o condiciones. La esperanza puede transformarlos en personas poderosas de Dios que influyen en el mundo con el evangelio. Seamos buenos pastores que siembran esperanza en las personas al enseñar la Biblia y compartir nuestros testimonios.

Pedro escribió esta carta a los primeros cristianos con una gran visión de que eran un real sacerdocio. Aunque vivían en los niveles más bajos de la sociedad, despreciados y perseguidos, tenían una clara identidad como pueblo escogido de Dios y vivían vidas santas. Superaron todas las dificultades y dieron testimonio de Cristo. ¿Qué ocurrió? La historia atestigua que el Imperio Romano se convirtió en cristiandad. ¡Fueron, de hecho, transformadores del mundo! Aceptemos la esperanza viva de Jesús en nuestros corazones, vivamos según sus palabras y seamos transformadores del mundo en nuestros tiempos.